

La furia, como tiempo ve oportuno,
De las que á mano están sobre la frente,
Dos víboras arranca prestamente,
Llenas de más que tósigo importuno,
Y escóndeles la suya á cada uno,
Que sin acuerdo están del accidente
Allá en lo más intrínseco del seno,
Do siembren su mortífero veneno.

Deslizanse revueltas por los pechos
Do la ponzoña pésima vomitan,
Y con aguda lengua solicitan
Mortales iras, rabias y despechos;
Con que en furor diabólico deshechos
Ya los infieles ánimos se irritan,
Ya rabian, ya se culpan, ya se afrentan,
Ya, del veneno hinchándose, revientan.

Mejera entonces, viéndolos dispuestos,
Prosigue: «Torna en ti, Caupolicano;
Que ser señor del mundo está en tu mano,
Si sabes acudir con pasos prestos.
Sabrás que cien cristianos descompuestos,
Que perdonó el furor del mar insano,
Han levantado en Penco un flaco muro,
Donde los tiene un joven mal seguro.

»Partióse del Pirú con vano intento
De ser la confusión de tu reinado,
Y con desprecio loco del Estado
Ha fabricado á vista dél su asiento;
Importa que, dejando atrás el viento,
Vayas á que te pague de contado
Su temerario y frívolo designo,
Ya de tu indignación y enojo digno.

»Pero conviene hacerse de manera,
Que no le dé lugar la prisa tuya
Para que al espumoso mar se huya,

Haciendo de sus ondas talanquera;
Mas antes que el ejército que espera
Tu gente desanime con la suya,
Abrevies tanto el tiempo de asaltalle,
Que aun para arrepentirse no le halle.

»Pues goza de tan buena coyuntura,
Que no la habrá mejor según barrunto,
Y vuela con tu fuerza y poder junto
Á do te está llamando la ventura.
Mira que la victoria está segura
Con sólo que perder no quieras punto,
Y que una dilación pequeña puede
Negarte lo que el cielo te concede.

»¿Cómo? ¿Qué, tu soberbia frente altiva
Podrá sufrir agora ver delante
Que con desprecio della la levante
Uno que en verdes años sólo estriba,
Y que con poca gente apenas viva
Ose salir á puesto semejante,
Á tiro de ponerse en tierra firme,
Contigo rostro á rostro y firme á firme?

»¿De qué te sirve, oh gran Caupolicano,
Lo mucho que en tu gloria tienes hecho,
Si agora que subida está en el techo,
Sufres que den con ella por lo llano,
Y que á pesar del crédito araucano,
Un mozo advenedizo tenga pecho
Para que sólo en fe del tierno suyo
Se ponga al duro encuentro dese tuyo?

»Cuando otra cosa nunca hacer pudiese
Que haberse en el lugar que digo puesto,
Aunque después medroso en curso presto
Al mar por donde vino se volviese,
Le fuera de grandísimo interese,
Y á ti tan mal contado y mal honesto,

Que escurecieras bien con este solo
Tus hechos claros más que el mismo Apolo.

»En nombre de Pillan, te hago cierto
Que si padeces punto de tardanza,
Verás resuelta en humo tu esperanza,
Y contra ti la suerte al descubierto;
Pues la cerviz enhiesta y cuello yerto
Jamás á ley sujeta ni ordenanza,
Verás al yugo dellas sometida,
Si á bien librar quedares con la vida.

»Por cuanto quieres verte deste modo,
Estando el remediallo á tu albedrío,
Sin hijos, sin mujer, sin señorío,
Sin dulce libertad, que es sobre todo;
Pues no te quieras ¡ay! poner de lodo,
Por dar al blando amor lugar vacío,
Ni de famoso rey potente y bravo
Venir á ser infame y triste esclavo.

»Mira, Caupolicán, que eres la base
Donde tan grande máquina se apoya;
No quieras que se pierda como Troya,
Por consentir que amor te desencase;
Traba de la ocasión antes que pase,
Porque si aquí te estás como la boya
En amorosas aguas sobre aguado,
Serás en las de Lete sepultado.»

Con esto remató la furia horrible
Su caviloso encanto persuasivo,
Dejando al pecho bárbaro y altivo
Nadando en puro fuego inextinguible;
Y haciéndose á sus ojos invisible,
Vuelve al estado el paso fugitivo,
Adonde su furor, veneno y llama
Por las médulas íntimas derrama.

Ya con ardiente soplo turbulento,
Ya con sangrientas áspides mortales,
Ya con la lengua y ojos infernales
Va corrompiendo en torno aquel asiento;
Hasta que casi calva y sin aliento,
Así de haber lanzado soplos tales,
Como de echar culebras de la frente,
Se vuelve adonde está la triste gente.

Y en un volcán de fiera boca oscura,
Por donde escupe horror la negra estanza,
Dejado lo fantástico, se lanza
Llevándose tras sí la puerta dura;
En tanto que del agua clara y pura
Caupolicán saltando se abalanza
Á se vestir frenético el vestido,
Ya de furioso espíritu embestido.

De allí se parte luego acelerado,
Siguiéndole su Fresia presurosa,
Colérica, linfática, furiosa,
Con pecho de temor enajenado;
Y marchan hasta cuando el sol dorado,
Huyendo de la noche tenebrosa,
Que á más andar siguiéndole venía,
Al mar como á sagrado se acogía.

Llegado el indio al rancho, aplica el cuerno
Al tímido carrillo y recia boca,
De do la voz horrisona revoca
Allá en lo más oculto del infierno:
Suenan de mano en mano en su gobierno,
Y en breve casi todo se convoca,
Porque iban como en vuelo arrebatados,
De aquel furor diabólico llevados.

El hecho llanamente les declara,
Sin pompa ni artificio de razones,
Porque para mover sus corazones

Resobra que les miren á la cara,
Y ordénales que cuando el alba clara
Abriese los oscuros pabellones,
Dejando cama y lado de su esposo,
Se embista el fuerte lleno de reposo.

Pues cuando, con sonido carrasqueño
Que al órgano del oído destemplaba,
El importuno grillo aviso daba
De ser llegada ya la vez del sueño,
Enderezando á Talca, sitio isleño
Que á vista del vecino muro estaba,
Caminan veinte mil á sordo paso
Por entre muda noche y campo raso.

Venidos brevemente á Talcaguano
Cubiertos del capote y velo obscuro,
Marcharon sin parar al breve muro
Orillas del ondoso mar insano;
Mas con silencio tal, que el aire vano
Se estaba tan sutil, tan raro y puro,
Como si por allí nadie pasara
Que con aliento y voces lo espesara.

Debajo una barranca, al pie del monte
Que en su cabeza tiene la albarrada,
Esperó el fiero bárbaro en celada
Á que el nocturno tiempo se remonte,
Para que, en argentando al horizonte
La matutina voz del alborada,
Que es cuando el sueño ocupa lo más alto,
Se dé con furia súbita el asalto.

Ya pues que el negro manto adelgazaba,
Abriéndose por todos sus dobleces
Y limpio de neblina y otras heces,
Aljofarado el valle se mostraba;
Rompiendo aquel silencio en grita brava,
Y con los alaridos que otras veces,

Asaltan el palenque y baluarte,
Cinéndole por una y otra parte.

En tres formados gruesos escuadrones
Presenta el enemigo la batalla,
De cruda piel cubierto y fina malla,
Y tremolando enseñas y pendones;
Ya los de más fogosos corazones
Se van adelantando á la muralla
Con mil cabezas, colas y pellejos
De tigre, de león, de zorros viejos.

Asómase á mirar su fiera traza
Aquella clara sangre de Mendoza,
Que dentro de las venas le retoza
Por experimentar la dura maza,
Y no se turba punto ni embaraza,
Mas todo lo posible se alborozó,
De ver que ya lugar se le concede
Para mostrar, en parte, lo que puede.

Previene con fervor, industria y maña
Aquello que no estarlo parecía;
Y enfrente, por la parte que venía
Arauco denodado contra España,
Seis piezas, como dije, de campaña
El adivino joven puesto había,
Que fueron casi todo el instrumento
Para que se cantase el vencimiento.

Quisiera bien saltar la palizada,
Y á recibir al bárbaro saliera,
Si ser temeridad no conociera,
Y cosa en generales reprobada;
Ya sube á toda prisa la emboscada
Con astas erizando la ladera;
Pero, con todo, el Hércules gallardo
Se mata porque viene á paso tardo.

No suele estar jamás lebrél de Irlanda
Si al jabalí cerdoso ve mostrarse,
Con tanta voluntad de abalanzarse
Tirando del collar y quien le manda,
Como de ver subir la espesa banda
Revienta el general por señalarse;
Mas la razón, que sola es quien le humilla,
Sabe tenelle corta la trailla.

Y como la visera no ha calado
Para que así mejor advierta y note
Cuál viene por su mal y por su azote
El enemigo ejército formado,
Está como el azor empiguelado
Antes de haberle puesto el capirote;
Que si pasar un ave se le antoja
Mil veces de la alcándara se arroja.

Estando, pues, intrépido mirando
Al indio bravo el joven orgulloso,
No sé qué brazo idólatra nervoso
Desembrazó con ímpetu nefando
Una redonda piedra, que zumbando
Con más furor que el rayo impetuoso,
Su curso fugacísimo endereza
A la cabeza fuerte del cabeza.

Allí quebró la furia desmedida,
Y tanto, que con dar á la celada,
Por especial milagro la pedrada
Dejó de dar al blanco de la vida;
Pues con la frente el joven aturdida
Miró de abajo el muro y albarrada,
Mas no tocó la tierra cuando luego
Se enderezó brotando vivo fuego.

No dudo que Megera de su mano
Hiciese el riguroso tiro fuerte,
Sabido que si al joven daba muerte,

Estaba lo demás rendido y llano;
Mas el Eterno Padre soberano,
Que permitió acertalle desta suerte,
Por ser tan lleno el blanco y espacioso,
Previno, como Dios, lo más dañoso.

Después que firme el pie en la tierra pone,
Y la esperanza y ojos en el cielo,
El cesarino espíritu novelo,
Su gente anima, exhorta y la compone.
No hay prevención ni ardid á que perdone,
Porque los halla escritos en el suelo
Su claro entendimiento y perspicacia,
Herido con los rayos de la gracia.

Ya la trabada cerca y terraplano,
Que al morro exento sirve de corona,
De espesa gente en orden se corona,
Con hierro en mano y ánimo en el seno;
Ya no hay lugar allí que no esté lleno
De quien por él arriesgue la persona;
Ya todos dan la suerte por echada,
Aunque la vida va de esta parada.

Ya con soberbios altos alaridos,
Estrépito confuso y ruido espeso,
El pérfido escuadrón cerrado y grueso
Asalta los bastiones guarnecidos;
Los nuestros al asalto apercebidos,
Con orden y valor en contrapeso
Del excesivo número contrario,
Resisten al encuentro temerario.

Los orgullosos bárbaros de fama,
Con los que la procuran, más se allegan,
Y al enemigo hierro así se entregan
Como pudieran toros de Jarama;
Unos echando tierra y otros rama
Para pasar el ancho foso ciegan;

Otros no esperan esto mal sufridos,
Salvándolo con saltos desmedidos.

Cuáles, para mejor poder havello,
Se valen de las picas prolongadas;
Cuáles, de correndillas atrasadas;
Cuáles, del aire solo del cabello;
Y cuáles, sin aquesto y sin aquello,
Apenas dan algunas braceadas,
Cuando de pies están en la otra parte
Y luego sobre el fuerte y baluarte.

Fué éstos el primero Gracolano,
Mozo gallardo, fuerte y atrevido,
Y fuélo por havello prometido
Al sumo general Caupolicano,
De que ganando á todos por la mano,
En fe de su renombre esclarecido,
Al muro cresco de armas entraría,
Abriendo por entre ellas ancha vía.

En cumplimiento, pues, de su promesa,
El animoso joven se adelanta,
Do sobre el foso puesta la una planta,
Con la otra por el aire lo atraviesa;
Y luego al agro muro y gente espesa,
Sin espantalle que es atal y tanta,
Trepa furioso el bárbaro derecho,
Mostrando á duras arma, duro pecho.

Al fin rompió con él por todas ellas,
Subiendo, aunque de sangre y golpes lleno,
Sus prestos pies al ancho terraplano,
Y su valor y nombre á las estrellas;
Do haciendo ver á muchos muchas dellas,
Á costa de los nuestros hizo bueno
Su dicho tan infiel como arrogante,
Llevándolo con hechos adelante.

Tras él se arroja el bravo Tucapelo,
Siguiéndole Talguen su amigo grande,
Con Rengo, Leucotón y Lepomande
Y Euglón, á quien sirvió mi patrio suelo;
Los cuales todos siete dando un vuelo,
Que no hay quien se lo impida ni demande,
Pasan de claro en claro el foso obscuro,
Viniendo á dar de manos en el muro.

Quedó temblando en torno la barrera
Del poderoso golpe y duro encuentro,
Haciendo conocer á los de dentro
El ánimo y vigor de los de fuera;
Que luego sin escala ni escalera
Suben arriba en busca de su centro,
Sin ser á defenderse lo bastante
Ver contra sí mil puntas de diamante.

Que de temor los bárbaros desnudos,
Como los que á vencer estaban hechos,
Mil armas desbaratan con los pechos,
Que son allí sus cóncavos escudos;
No bastan á tenellos golpes crudos
Ni el granizar de rayos contrahechos,
Que por broncinas bocas escupidos,
Retiñen sordamente en sus oídos.

Del muro los impelen y rebaten
Con duras picas y ásperas espadas,
Unas á botes y otras á estocadas,
Á cuyo ronco son los montes laten;
Mas ellos como rocas á quien baten
Las ondas por el cierzo reforzadas,
No sólo tienen fuerte en esta guerra,
Mas por el aire van ganando tierra.

El uno gateando por su lanza,
El otro á la contraria bien asido,
Arriban al palenque defendido

Y al peligroso fin de su esperanza ;
Quién luego su membrudo cuerpo lanza
Por el lugar de gente más tupido,
Y quién sobre el bastón nudoso y grueso
Sustenta de la guerra todo el peso.

Mas ¿quién podrá pintar á Tucapelo
De pie sobre la cerca y palizada,
En medio de la gente amontonada,
Soberbio despreciando tierra y cielo,
Armado un peto doble de su abuelo,
Y una marina concha por celada,
Con que la maza en mano se rodea,
Y haciendo campo el bárbaro campea ?

Á cuál de un golpe solo el cuerpo muele,
Á cuál con otro deja sin sentido,
Á cuál del muro abajo sacudido,
Hace que á su pesar sin alas vuele;
Nada le queda allí que no lo asuele
Su brazo de infernal furor movido,
Por donde hacia la parte que lo cala
Retira, lleva, arrolla y acorrالا.

No lleva con paciencia don Felipe,
¡Oh justa indignación de sangre noble!
Que tanto golpe el pérfido redoble,
Sin que él también alguno participe;
Y no queriendo que otro se anticipe,
Se va para él tan fuerte como un roble,
Firme la espada rígida en la diestra,
Y el acerado escudo en la siniestra.

El indio con la dura maza en alto
Y atrás el pie derecho lo recibe;
Aguarda el español que la derribe,
Para, salvando el cuerpo, entrar de un salto ;
Mas de destreza el bárbaro no falto
Al enemigo intento se apercibe,

Tirando el primer golpe blandamente,
Á fin de segundalle fácilmente.

Aciértale; mas ved si fué tan blando,
Pues dándole en el canto del escudo
Y haciendo el caballero lo que pudo,
Se lo llevó dos pasos tropicando ;
Tras él entró, la maza levantando
Para el segundo golpe, y fué tan crudo,
Que si lugar el nuestro no le hiciera,
Muerto á sus pies el indio se le diera.

Quedó entre dos horcones encajado
En la albarrada el leño con tal fuerza,
Que aunque á librallo el dueño dél se esfuerza,
Tiene primero tiempo el bautizado
De dalle, habiendo ya con él entrado,
Sin que el agudo filo se le tuerza,
Por el siniestro brazo una estocada
Que le pasó con más de media espada.

Hallóse con el bárbaro tan cerca,
Que le hubo de ceñir sus fuertes brazos,
Creyendo hacelle entre ellos mil pedazos,
Doblando su cerviz tan dura y terca ;
Mas vuelcan ambos juntos por la cerca
Envueltos en durísimos abrazos,
Que entrambos en la lucha son maestros,
Tan fuertes igualmente como diestros.

Apriétanse los huesos y costillas
Á fuerza de los vínculos estrechos,
Y con los pies izquierdos y derechos
Se valen de trapiés y zancadillas ;
Ya tiemblan de cansadas las rodillas,
Ya dan ronquidos íntimos los pechos,
Ya laten los ijares, ya garlean
Y los ardientes pulsos menudean.